

ALGUNAS REFLEXIONES A PROPÓSITO DE LA LLEGADA DEL TORNO CERÁMICO AL VALLE MEDIO DEL DUERO

ZOA ESCUDERO NAVARRO y CARLOS SANZ MÍNGUEZ*

Ha transcurrido ya una década desde que se detectara por vez primera en varios enclaves del sur del valle del Duero la presencia de unos escasos materiales cerámicos a torno y pintados ajenos formalmente a los conjuntos característicos de la segunda Edad del Hierro en la zona, piezas que se interpretaron como importaciones de procedencia ibérica o meridional, que habrían incidido sobre contextos preceltíbericos a finales del siglo V a.C. o, más probablemente a principios IV a.C., respondiendo a un fenómeno de difusión no relacionado con la plena celtiberización, casi un siglo posterior, de los territorios centrales de la Cuenca¹.

Ya con anterioridad a estas fechas la bibliografía reconocía la existencia de posibles importaciones o influencias meridionales en los que constituirían los primeros vasos a torno de la Meseta Norte, en general de pastas oscuras y formas globulares, a veces con decoración estampada, presentes en el área suroccidental de la misma desde mediados del IV a.C., de manera particular en enclaves abulenses tan célebres como las necrópolis de Las Cogotas, La Osera y El Raso de Candeleda o el poblado de Los Castillejos de Sanchorreja²; en este último se tenía noticia desde antiguo

de la concurrencia de especies a torno grises y oscuras, junto a otras de pastas oxidantes y pintadas con temas en rojo —de tipo «ibérico o andaluz»— correspondientes a las etapas finales del más superficial de los estratos del castro³. Se mantenía, por otro lado, un desfase cronocultural con el proceso seguido en el área soriana, independientemente de la presencia también en ella de algún material de posible origen ibérico —por ejemplo ciertas ánforas numantinas del tipo «de saco»⁴ y otros vasos de la necrópolis de Monteagudo de las Vicarías⁵— donde en estos momentos se estaría ya gestando propiamente la cultura celtibérica y desde la que con alguna posterioridad se extenderían los modelos torneados típicos en un proceso de dirección este-oeste hacia el centro del valle del Duero.

Sin embargo, el trabajo mencionado al principio fue el que en realidad por vez primera incidió de forma concreta sobre unas especies definidas externamente por su evidente estilo ibérico⁶ representadas por un

* Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid.

¹ SACRISTÁN DE LAMA, J. D., *La Edad del Hierro en la cuenca media del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, Valladolid, 1986a, pp. 126-128; *Idem*, «Consideraciones sobre el celtiberismo inicial en la cuenca media del Duero», *BSAA*, LII, 1986b, pp. 205-213).

² MARTÍN VALLS, R., «Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas», en DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J., ROMERO CARNICERO, F. y MARTÍN VALLS, R., *Historia de Castilla y León, I. La Prehistoria del Valle del Duero*, Valladolid, 1985, pp. 120; *Idem*, «La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización», *Actas del Coloquio Internacional sobre La Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, 1984, *Zephyrus*, XXXIX-XL, Salamanca, 1986-87, pp. 61-62.

³ MALUQUER DE MOTES, J., *El Castro de los Castillejos de Sanchorreja, (Ávila)*, Acta Salmanticensis, XIV-1, Salamanca, 1958, pp. 48-54.

⁴ MARTÍN VALLS, R., *op. cit.* n. 2, p. 79.

⁵ MARTÍN VALLS, R. y ESPARZA ARROYO, A., «Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica», en ALMAGRO GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (Eds): *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Actas de la reunión celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, Madrid, 13-15 diciembre de 1989, *Complutum*, 2-3, Madrid, 1992, p. 259.

⁶ Las descripciones que se hacen en los diferentes casos sobre características físicas de estas piezas son significativamente coincidentes: pastas claras, en tonos pálidos que con frecuencia se describen como amarillentos y en menor medida rosáceos, muy bien cocidas y homogéneas, a veces de escasa dureza por lo que se exfolian o se rayan con facilidad, distinguibles a simple vista de los lotes habituales de tipo celtibérico. Aún más coinciden-

reducido elenco tipológico —sobre todo vasijas bitroncocónicas o globulares de borde con ñada (Fig. 2: 6 y 7)— que, en el estado incipiente entonces de la investigación, parecían reconocerse en contextos finales del Hierro I que preludiaban ya los cambios de la etapa siguiente, llegando a entenderse estos materiales como elementos de una posible *facies protoceltibérica* al sur del Duero⁷. A pesar de la insistencia de los diferentes autores del momento en que los diversos elementos cerámicos de raigambre ibérica presentes en el interior del valle del Duero no suponían un inicio de la verdadera celtiberización sino una muestra más de influencias o contactos comerciales relativamente limitados entre ambas zonas⁸, lo cierto es que la identificación de estas cerámicas venía a paliar o suavizar en cierta medida la brusca ruptura que —desde el punto de vista de la cultura material— se detectaba sistemáticamente entre las ocupaciones correspondientes a las dos principales fases de la Edad del Hierro, al reconocerse de alguna manera las raíces o precedentes de la difusión de la nueva técnica y su entronque en los momentos anteriores.

Desde entonces, el volumen de información disponible sobre estos tipos cerámicos importados en el valle del Duero se ha incrementado bastante, aunque en la mayoría de las ocasiones no disponemos de más datos que los de su mera aparición, por lo que no se han clarificado en modo equivalente los contextos en que son recibidos y su verdadero papel en la secuencia protohistórica de la zona. No obstante, creemos que ya son posibles algunas aproximaciones a dichas cuestiones que, en definitiva, están íntimamente ligadas a las relativas al inicio del uso del torno cerámico en dicha zona, a su trascendencia como indicador o manifestación del comienzo de una nueva etapa cultural y a la naturaleza de las relaciones mantenidas por los pueblos de la Meseta al inicio de la misma.

tes son las referencias a la pintura, siempre descrita como de color rojizo o vinoso y distribuida casi únicamente en motivos de anchas bandas o finas líneas múltiples y círculos concéntricos completos, siendo muy característica la presencia de pintura en el interior del labio y la extensión de la decoración también por la mitad inferior del vaso.

⁷ SACRISTÁN DE LAMA, J. D., *op. cit.* n. 1, 1986b, pp. 212-213.

⁸ *Ibidem*, p. 213; MARTÍN VALLS, R., *op. cit.* n. 2, p. 79.

1. MATERIALES CERÁMICOS DE TIPO IBÉRICO EN EL ÁREA VACCEA Y RESTO DE LA MESETA NORTE

Tras las primeras noticias sobre dichos tipos cerámicos que no permitían una asignación estratigráfica segura, nuevos datos hacen posible una serie de consideraciones más firmes en su conjunto, a pesar de que en buena medida son producto de hallazgos superficiales u observaciones personales no contrastadas mediante excavación.

Hasta el momento, y salvo algunas excepciones que luego analizaremos, los materiales conocidos proceden de yacimientos que muestran una dilatada ocupación a lo largo de la Edad del Hierro (Fig. 1), abarcando secuencias que parten de horizontes tipo Soto o equivalentes y alcanzan fases propiamente vacceas, con mayor o menor prolongación en el tiempo pero superando en general los estadios que pudiéramos definir como iniciales o antiguos.

Si comenzamos por los hallazgos efectuados en el transcurso de excavaciones arqueológicas, comprobamos que piezas de este tipo han sido nuevamente identificadas en varios puntos de la estación burgalesa de Roa de Duero⁹ en estratos considerados como «pre-celtibéricos» o en una fase de transición, donde la cultura material dominante está representada por las producciones manuales enraizadas en los modelos soteños del primer Hierro, y en los que se detectan además algunos pocos vasos decorados a peine. En dichas actuaciones se puso de manifiesto la continuidad estratigráfica de la secuencia hasta las etapas vacceas evolucionadas bien conocidas ya en este mismo enclave; concretamente en la Calle Escuelas, donde el nivel mencionado parecía corresponder al relleno de un foso y para el que se ha supuesto una datación de la primera mitad del IV a.C., la estratigrafía continuaba con tres momentos vacceos de habitación, el más antiguo de los cuales quedaba fechado a lo largo del IV a.C. por una fíbula de La Tène y el más moderno en el I a.C. por un bronce de *Sekobirikes*¹⁰, mientras que otro de los casos, el de la Calle San Vicente, los materiales citados se asociaban a un nivel de habi-

⁹ SACRISTÁN DE LAMA, J. D., «Arqueología preventiva y de gestión (1989-1990). Burgos», *Numantia*, 4, *Arqueología en Castilla y León, 1989-1990*, Valladolid, 1993: 298-299; *Idem*, «Arqueología preventiva y de gestión (1991-1992). Burgos», *Numantia*, 5, *Arqueología en Castilla y León, 1991-1992*, Valladolid, 1994, pp. 254-255.

¹⁰ SACRISTÁN DE LAMA J. D., *op. cit.* n. 9, 1994, p. 254.

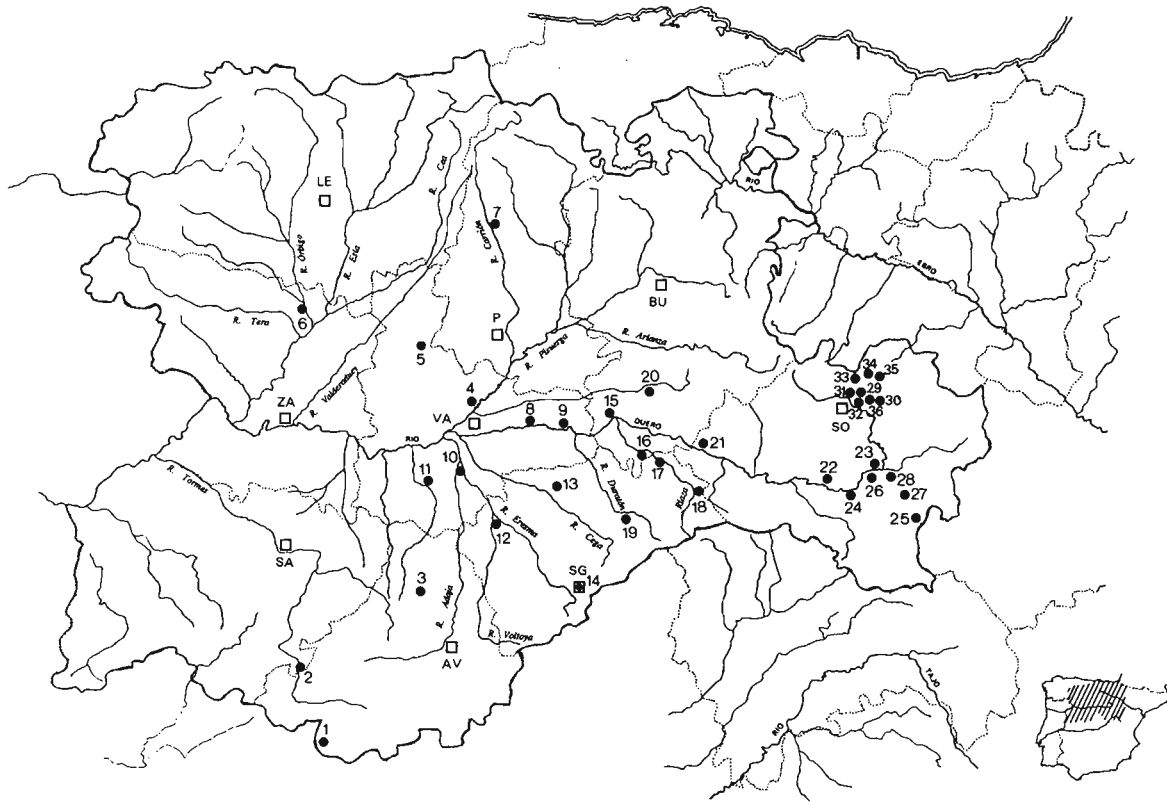


Figura 1. Situación de los yacimientos del valle del Duero citados en este trabajo.

1. El Raso de Candeleda (Ávila); 2. Las Paredejas (Cerro del Berrueco, Ávila); 3. Los Castillejos (Sanchorreja, Ávila); 4. Castro de Gorrita (Valladolid); 5. Medina de Rioseco (Valladolid); 6. El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa, Zamora); 7. La Morterona (Saldaña, Palencia); 8. La Solana (Olivares de Duero, Valladolid); 9. La Loma (Pesquera de Duero, Valladolid); 10. Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid); 11. Cerro del Castillo (Medina del Campo, Valladolid); 12. Cuesta del Mercado (Coca, Segovia); 13. Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia); 14. Segovia; 15-Roa (Burgos); 16. Adrada de Haza (Burgos); 17. Montejo de la Vega (Segovia); 18. La Martina (Ayllón, Segovia); 19. Sepúlveda (Segovia); 20. San Pedro (Pinilla de Trasmonte, Burgos); 21. Las Quintanas (Langa de Duero, Soria); 22. Cuesta del Espinar (Ventosa de Fuentepinilla, Soria); 23. Los Castillejos (Cubo de La Solana, Soria); 24. La Buitrera (Rebollo de Duero, Soria); 25. Las Espinillas (Monteagudo de las Vicarías); 26. El Castillo (Covarrubias, Soria); 27. Alepud (Morón de Almazán, Soria); 28. Fuente Vieja (Tejado, Soria); 29. Utrera (Ventosilla de San Juan, Soria); 30. Trascastillejo (Cirujales del Río, Soria); 31. Los Cerradillos (Porteárbol, Soria); 32. Numancia (Garray, Soria); 33. Torre Beteta (Villar del Ala, Soria); 34. El Castellar (Arévalo de la Sierra, Soria); 35. Los Villares (Ventosa de la Sierra, Soria); 36. Los Castillejos (Fuensaúco, Soria).

tación con viviendas circulares de adobe detectándose asimismo la existencia de fases posteriores por encima de aquél.

Algo muy parecido pudo reconocerse en una reciente intervención de urgencia desarrollada en la localidad vallisoletana de Medina de Rioseco, donde el nivel más reciente de los prehistóricos allí detectados correspondía a un momento semejante, con viviendas de adobe, absoluto predominio de la cerámica manufacturada, escasa presencia de especies peinadas y algunas piezas a torno de pastas claras y pintura rojiza¹¹. Esta fase se

hallaba precedida de otra con características muy próximas pero sin tipos torneados, siendo continuada por el asentamiento vacceo del que se tienen diversas noticias e indicios seguros en diferentes áreas de la localidad y en el mismo solar donde se desarrolló esta intervención¹².

¹¹ SACRISTÁN DE LAMA, J. D. y ESCRIBANO VELASCO, C., «Arqueología preventiva y de gestión (1993-1994). Valladolid», *Numantia*, 6, *Arqueología en Castilla y León, 1993-1994*, Valladolid, 1996, pp. 370-371.

¹² Agradecemos a nuestra compañera Montserrat Seco, directora de la excavación arqueológica en «El Corro del Asado», el habernos facilitado la consulta del Informe Técnico pertinente. Al parecer, según la misma autora, en otras intervenciones realizadas en esta localidad, caso del Parque del Castillo, podrían existir materiales semejantes a los que venimos tratando: (SECO VILLAR, M., *Trabajos arqueológicos en «El Corro del Asado», Medina de Rioseco (Valladolid)*, Informe Técnico inédito depositado en la Junta de Castilla y León, Valladolid, 1994).

No vamos entrar aquí en la descripción pormenorizada de los interesantes datos obtenidos en los ya célebres poblados de Medina del Campo, en Valladolid, y El Cerro del Castillo de Cuéllar, en Segovia, pero baste ahora significar la presencia en ambos de cerámicas de importación de tipo meridional (Fig. 2: 1-5) a lo largo de diferentes momentos de unas secuencias estratigráficas consecutivas que parten de la séptima centuria a.C. y en las que dichos materiales, que comienzan a detectarse en el siglo siguiente, se acompañan inicialmente también de las ya citadas manufacturas a peine simple —amén de otros tipos que van enriqueciendo las series cerámicas manuales o a torno a medida que se progresa en el tiempo—, constituyendo ambos ejemplos los conjuntos más ampliamente conocidos y provistos de mejores contextos para las piezas que ahora estudiamos¹³. De estos dos últimos asentamientos, el vallisoletano constituye una de las mencionadas excepciones en lo que se refiere a la continuidad de su secuencia hasta las fases vacceas plenas por cuanto estas no se detectan en las diversas actuaciones allí realizadas; no obstante, los investigadores del yacimiento reconocen la sistemática destrucción a que han sido sometidos los niveles superiores del mismo desde época medieval por lo que es posible que La Mota hubiera prolongado su vida algo más allá de las fechas hasta ahora estimadas, que se centran en los momentos finales del siglo V a.C. o principios del siguiente¹⁴.

En el mismo sentido, entrando ya en las noticias procedentes de prospecciones o conjuntos materiales recuperados sin excavación, debemos referirnos, en primer lugar, al enclave vallisoletano de Olivares de Duero¹⁵ del

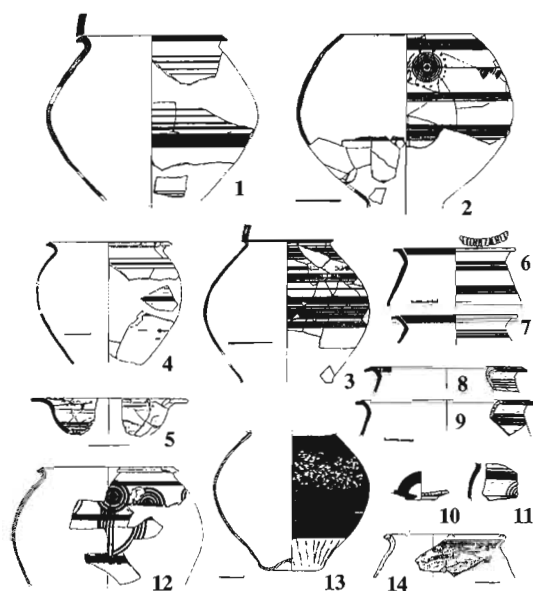


Figura 2. Materiales cerámicos de tipo ibérico en yacimientos vacceos. 1-3, Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia; según Barrio, J., *op. cit.* n. 13); 4 y 5, Medina del Campo (Valladolid; según Seco, M. y Treceño, F., *op. cit.* n. 13); 6 y 7, Roa (Burgos; según Sacristán, J. D., *op. cit.* n. 1., 1986b); 8-11, Cuesta del Mercado (Coca, Segovia; según Blanco, J. F., *op. cit.* n. 22); 12 y 13, tinajas procedentes del nivel inferior vacceo de Las Quintanas (Padilla de Duero, Valladolid; según Gómez, A. y Sanz, M., *op. cit.* n. 67); 14. Vaso del nivel inferior de la secuencia vaccea de El Soto de Medinilla (Valladolid; según Escudero, Z., *op. cit.* n. 68). (Las escalas son todas de 5 cms.)

que procede un lote de espectaculares vasos decorados a peine inciso e impreso en unión de manufacturas lisas con formas muy relacionadas con las del mundo del Soto y otros tipos a torno en pastas oxidantes entre los que se documentan los bordes con uñada y pintura vinosa. La pequeña intervención que se llevó a cabo en el poblado lamentablemente no permitió reconocer ni la posible secuencia ni el ambiente de procedencia al que referir estos materiales en manos particulares, aunque se ratificaron los hallazgos pudiéndose comprobar que especies manufacturadas y torneadas concurrían en proporciones aproximadamente equivalentes en lo que podría interpretarse como un único momento de ocupación.

Otro de los casos a tener en cuenta es el del asentamiento vallisoletano conocido como La Loma, en Pesquera de Duero, uno de los enclaves del conjunto arqueológico que se extiende entre esta localidad y la de Padilla de Duero. Ubicado en un cerrete muy destruido y conocido solo a través de materiales de superficie, ha proporcionado molinos barquiformes de granito, cerámicas manufacturadas

¹³ SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F., «Iberización de las tierras del Sur del Duero, a través de la secuencia del yacimiento de «La Mota», Medina del Campo (Valladolid)», en ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (Eds.), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, 1993, pp. 133-171; *Idem*, «Perfil arqueológico de un poblado de la Edad del Hierro al sur del Duero: «La Mota», Medina del Campo», en DELIBES, G., ROMERO, F. y MORALES, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, 1995, pp. 221-247; BARRIO MARTÍN, J., «Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia)», en ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (Eds.), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, 1993, pp. 173-212.

¹⁴ SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F., *op. cit.* n. 13, 1993, pp. 169-171; *Idem*, *op. cit.* n. 13, 1995, p. 241.

¹⁵ SECO VILLAR, M., «Cerámicas «a peine» de Olivares de Duero (Valladolid)» en ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (Eds.), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, 1993, pp. 213-222.

de tipo Soto y, en menor medida, decoradas a peine simple junto a unas pocas piezas oxidantes a torno de borde con uñada y perfiles cefálicos, algunas pintadas con bandas vinosas y otras de interior marcadamente espatulado que sugieren ya producciones autóctonas, en un ambiente que hemos situado, con toda la certidumbre que permite el carácter de nuestra información, a inicios del IV a.C. como momento final de su ocupación¹⁶. Nos encontraríamos en este caso de nuevo ante otro ejemplo carente de una secuencia demasiado prolongada, por lo que se refiere al menos a la segunda Edad del Hierro, si bien, como ya es sabido, en el entorno inmediato se desarrollaron importantes establecimientos de época propiamente vaccea.

Por fin, y en lo que se refiere a simples menciones también en territorio vacceo que aún precisan de contrastaciones más extensas, debemos citar las piezas recuperadas mediante prospección (algunas de las cuales son asignadas por similitud a las que venimos tratando, pues se encuentran pintadas en negro con anchas bandas en el interior de los labios) en el asentamiento de Sieteiglesias en Matapozuelos (Valladolid), yacimiento que manifiesta una amplia ocupación a lo largo de la totalidad de la Edad del Hierro, en particular con una espléndida representación de especies peinadas tanto antiguas como las más recientes y barrocas¹⁷. Del también vallisoletano poblado de Gorrita se conocen, al parecer, algunas cerámicas del tipo que venimos tratando, según indica Sacristán¹⁸ a partir de sus propias observaciones; por lo que conocemos de este asentamiento —siempre a través de hallazgos superficiales— parece claro que nos encontramos ante una estación típica de

la primera Edad del Hierro cuya ocupación se prolonga igualmente durante la segunda hasta momentos bien avanzados y en la que se detectan los materiales manufacturados y torneados «habituales» correspondientes a cada una de las etapas¹⁹ junto a alguna pieza metálica excepcional, como es el célebre casco bronceo de tipo Montefortino y ascendencia romana²⁰. Algunos autores recientemente²¹ han aventurado ciertas consideraciones sobre la evolución de este núcleo en relación con otros del entorno, como el cercanísimo Soto de Medinilla o La Mota, planteando una mayor relación de Gorrita con este último que con aquél otro tan inmediato, pero lo cierto es que poco más de lo señalado hasta aquí puede decirse con certeza.

Aún debemos referirnos a la localidad segoviana de Coca, en la que se han identificado estas mismas cerámicas (Fig. 2: 8-11) en el área del yacimiento correspondiente a La Cuesta del Mercado, sector en el que se documenta una ocupación ininterrumpida desde el Hierro I hasta mediados del I a.C., y donde se supone que dichas especies pudieron ser recibidas a partir del siglo VI a.C. a la vista de lo que sucede en enclaves cercanos del sur del Duero y a falta de trabajos en el propio yacimiento²². Por último, en la misma ciudad de Segovia existen noticias que refieren la presencia entre tierras removidas de algunas piezas a torno de pastas claras con motivos pintados de «tipo ibérico», anchas bandas en tonos vinosos o rojas junto a vasos estampillados, grises, etc.,²³ aunque en unión de otros materiales con seguridad más avanzados e incluso romanos.

¹⁶ MAÑANES PÉREZ, T., *Arqueología Vallisoletana, II. Torozos, Pisuerga y Cerrato (Estudios arqueológicos de la Cuenca del Duero)*, Valladolid, 1983, p. 62; SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z., «El conjunto arqueológico de Padilla/Pesquera de Duero (Valladolid). Evolución del asentamiento durante la etapa indígena», en DELIBES, G., ROMERO, F. y MORALES, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente: El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, Valladolid, 1995a, pp. 276-277; SANZ MÍNGUEZ, C., *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*, Arqueología en Castilla y León, 6, Memorias, Salamanca, 1997.

¹⁷ BELLIDO BLANCO, A. y CRUZ SÁNCHEZ, P. J., «Notas sobre el yacimiento protohistórico de Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid)», en ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (Eds.), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, 1993, p. 272, Fig. 5: 1-3.

¹⁸ SACRISTÁN DE LAMA, J. D., *op. cit.* n. 1, 1986b, p. 213.

¹⁹ PALOL, P. y WATTENBERG, F., *Carta Arqueológica de España*, Valladolid, Valladolid, 1974, p. 195, Fig. 68; ROMERO CARNICERO, F., «Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero», *BSAA*, XLVI, 1980, pp. 145-153.

²⁰ ABÁSULO PÉREZ, J. A. y PÉREZ RODRÍGUEZ, F., «El casco céltico de Gorrita (Valladolid)», *BSAA*, XLVI, 1980, pp. 93-114; *Idem*, «El casco celtoitálico de Gorrita (Valladolid) y sus paralelos europeos», *Temas de Historia Militar*, II, *Primer Congreso de Historia Militar*, Zaragoza, 1982, Zaragoza, 1985, pp. 41-55, MARTÍN VALLS, R. y ESPARZA ARROYO, A., *op. cit.* n. 5, p. 273; QUESADA SANZ, F., «El casco de Almaciles (Granada) y la cuestión de los cascos de tipo "Montefortino" en la Península Ibérica», *Verdoy*, 4, 1992, p. 69.

²¹ SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F., *op. cit.* n. 13, 1995, p. 243.

²² BLANCO GARCÍA, J. F., «El castro protohistórico de La Cuesta del Mercado (Coca, Segovia)», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 21, 1994, pp. 53-57, Fig. 11.

²³ RUANO, E., «Hallazgos de materiales arqueológicos en una escombrera de Segovia», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 5, 1976, p. 17.

Este repaso a los hallazgos producidos en lo que podemos considerar sin entrar en precisiones como territorio vacce o descarta las valoraciones que se realizaron en su día a propósito de la incorporación de dichas especies importadas solo en los ámbitos meridionales del Duero. Su presencia en enclaves como los mencionados de Gorrita o Medina de Rioseco nos indican una penetración significativamente más amplia de lo que se había estimado. Y ello es aún más claro si tenemos en cuenta otros asentamientos de la periferia de este espacio en los que se repiten piezas semejantes en contextos también iguales, cuando podemos conocerlos.

Así nos lo certifica la localización en Saldaña (Palencia) de unos pocos fragmentos a torno en niveles de ocupación correspondientes a la primera Edad del Hierro, asociados a las manufacturas típicas de este momento junto a tipos decorados a peine inciso e impresiones «a muelle» y fíbulas de codo de La Meseta, ambiente para el que se ha propuesto una datación del VI con posibilidades de rebajarlo al V a.C. y que se localiza en la base de una secuencia que continúa con fases de habitación hasta la plena segunda Edad del Hierro en los siglos III-II a.C.²⁴. Hacia occidente, en el sector astur zamorano, un nuevo fragmento con pintura vinosa fue recogido superficialmente en El Pesadero de Manganeses de la Polvorosa, yacimiento perteneciente al ámbito del Soto del Medinilla en el que se detecta una potente ocupación de esta fase, como han demostrado los sondeos realizados en el mismo²⁵, si bien el sector citado constituye un anexo de un núcleo mayor inmediato, La Corona, donde se desarrolla además una clara etapa celtibérica²⁶. Y, por otro lado, en el límite del territorio arévaco, las breves noticias sobre estas mismas especies en Pinilla de Trasmonte, Burgos²⁷, amplían hacia el oriente el marco de dispersión de tales piezas al norte del curso del Duero.

No podemos dejar de mencionar, asimismo, los hallazgos en este último territorio, aunque al sur del río, y no solo porque ocupen un área clave de contacto entre ambas mesetas a través de los pasos del Sistema Central, sino porque jalonan la dispersión de dichos materiales a lo largo del valle del Duero hasta el área soriana, donde se localiza un nutrido conjunto de asentamientos con cerámicas de este tipo que en un primer momento fue considerado un foco independiente y desvinculado del existente en el centro de la Cuenca.

Nos estamos refiriendo a asentamientos localizados en los valles del Riaza y Duratón, por ejemplo en Adrada de Haza, Burgos (Fig. 3: 5), donde predominan de manera absoluta las manufacturas de inspiración soteña y concurren los tipos a torno en escasa cuantía y con unas características algo atípicas, hoy identificadas como importaciones²⁸, pero que fueron interpretadas en su día como manifestaciones de un ambiente retardatario escasamente celtiberizado²⁹; algo semejante parece detectarse en las localidades segovianas de Montejo de la Vega) (Fig. 3: 6 y 7)³⁰ y Sepúlveda, núcleo éste en el que se detecta un asentamiento principal de habitación, del que procederían las piezas con pintura vinosa junto a otras especies convencionales, y una supuesta necrópolis cercana en la que se localizó una espada de antenas fechada en el siglo IV a.C.³¹.

Pero el enclave mejor conocido de este entorno, pese a su deficiente publicación, es el segoviano de Ayllón donde en los años setenta se acometieron intervenciones arqueológicas tanto en la zona de habitación del Cerro del Castillo como en el área de la

²⁴ PÉREZ RODRÍGUEZ, F., «Nuevas investigaciones en torno a la antigua ciudad de Saldaña», *II Congreso de Historia de Palencia. I. Arte, Arqueología y Edad Antigua*, Palencia, 1989, Palencia, 1990, pp. 290-291, Fig. 3, 4.

²⁵ CELIS SÁNCHEZ, J. y GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A., «Noticia de la excavación de urgencia en "El Pesadero", Manganeses de la Polvorosa, Zamora», *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, 1989, pp. 166-168.

²⁶ *Ibidem*, pp. 168-169; MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G., «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VIII)», *BSAA*, XLVII, 1981, pp. 172-176; ESPARZA ARROYO, A., *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*, Zamora, 1986, pp. 92-93.

²⁷ SACRISTÁN DE LAMA, J. D., *op. cit.* n. 1, 1986b, p. 213.

²⁸ *Ibidem*, p. 207, Fig. 1, 3-5.

²⁹ ABÁSULO PÉREZ, J. A. *et alii*, *Arqueología Burgalesa*, Burgos, 1982, pp. 29-30; SACRISTÁN DE LAMA, J. D., «Sobre la facies cultural Cogotas IIa en la Cuenca Media del Duero», *Actas del Coloquio Internacional sobre La Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, 1984, *Zephyrus*, XXXIX-XL, Salamanca, 1986-1987, p. 195.

³⁰ SACRISTÁN DE LAMA, J. D., *op. cit.* n. 1, 1986b, p. 207, Fig. 2, 1-4; CONTE BRAGADO, D. y FERNÁNDEZ BERNALDO DE QUIRÓS, J., *Introducción a la Arqueología en El Cañón del Duratón*, Segovia, 1993, pp. 99 y 103-104.

³¹ MARTÍN AYMERICH, M. D., TARDÍO DOVAO, T. y ZAMORA CANELLADA, A., *Las murallas de Sepúlveda (Segovia). Un ensayo de aproximación con métodos arqueológicos a un ejemplo de pervivencia arquitectónica*, Segovia, 1990, pp. 18-19; CONTE BRAGADO, D. y FERNÁNDEZ BERNALDO DE QUIRÓS, J., *op. cit.* n. 30, pp. 102-104; ZAMORA CANELLADA, A., «Segovia en la antigüedad», en ARRIBAS, J. T. (Coord.), *Historia de Segovia*, Madrid, 1987, p. 39.

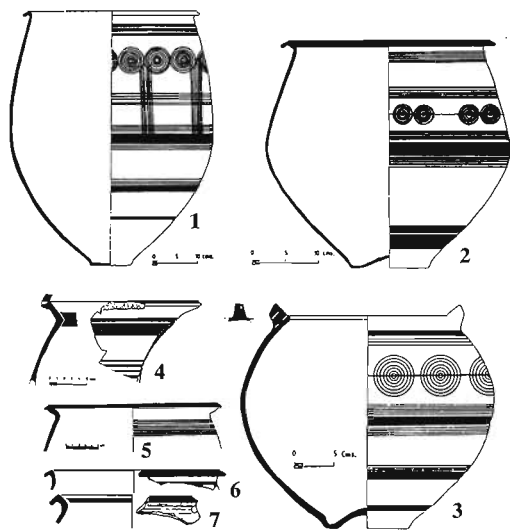


Figura 3. Materiales de tipo ibérico de los yacimientos del Castillo de Ayllón, Segovia (nº 1-4; según Zamora, A., *op. cit.* n. 32), Adrada de Haza, Burgos (nº 5; según Sacristán, J.D., *op. cit.* n. 1, 1986b) y Montejo de la Vega, Segovia (nº 6 y 7; según Sacristán, J.D., *op. cit.* n. 1, 1986b).

necrópolis de La Dehesa³², quedando esta última prácticamente sin publicar a excepción de unas cuantas noticias.

Lo que más nos interesa del poblado en referencia a lo que venimos tratando es la sucesión en el mismo de hasta tres momentos correspondientes a la Edad del Hierro; el inferior se caracteriza por la exclusividad de las producciones manuales, algunas afines a los tipos Soto de Medinilla, tanto en formas como en decoraciones, mientras que en los dos suprayacentes (lamentablemente estudiados en conjunto al haberse interpretado como correspondientes a una misma vivienda) se incorpora la cerámica a torno, aunque es minoritaria con respecto a la manufacturada. Aquella muestra unas características en cuanto a la coloración de pastas y pintura, y de forma especial a su tipología, que la relacionan estrechamente con las producciones ibéricas en cuestión, aunque el autor no parece considerarlo así y la encuentra semejante a la habitual en los enclaves de la Meseta³³. Estas piezas, que ofrecen una diversidad formal algo mayor que las documentadas hasta ahora

en otros núcleos, reproducen no obstante las consideraciones que ya hemos señalado en cuanto a la tipología, predominio de vasos de capacidad con perfiles ovoides o bitroncocónicos y bordes cefálicos con uñada, debiendo destacarse la presencia de una urna de orejetas (Fig. 3: 1-4). En cuanto a las decoraciones, muy significativa nos parece la exclusividad de los temas de anchas bandas y filetes que alcanzan la mitad inferior de los vasos así como de las series de círculos concéntricos completos.

Las remociones de terreno previas a la excavación habían exhumado abundantes materiales entre los cuales se identifican algunas piezas a torno con formas y decoraciones que podrían hacer suponer la existencia de otros momentos más modernos o «clásicos» en el yacimiento, aunque no necesariamente merecedores de los calificativos de *numantinos* o *indígenas tardíos* que se les otorga³⁴.

El C₁₄ ha proporcionado dos dataciones, cada una correspondiente a uno de los dos momentos de la Segunda Edad del Hierro; la más reciente (CSIC-343, 2250±50) ofrece una edad equivalente del 300 a.C. y la más antigua, (CSIC-342±50), del 640 a.C., datación que no se tiene demasiado en cuenta a la hora de realizar la interpretación secuencial por considerarse excesivamente vieja y proceder a la muestra de una viga de madera quizá reutilizada. Ante la evidencia de que el material torneado es minoritario en el conjunto, se propone una fecha final para estas etapas ligeramente posterior a la primera señalada —el 300 a.C.— y cercana a la generalización del torno en la zona³⁵.

Por lo que se refiere a la necrópolis de incineración de La Dehesa, aún peor conocida, es destacable de nuevo la presencia de un escaso lote fabricado a torno (solo el 10% de los vasos) compuesto por urnas carenadas o globulares con pie y platos pintados con bandas y la ausencia de las decoraciones «típicas» de semicírculos o meandros. Entre las cerámicas manuales se documentan no muy abundantemente los tipos a peine, con estampaciones y acanaladuras, acompañándose de un nutrido conjunto de piezas metálicas en hierro y bronce en proporciones equilibradas³⁶. Precisamente el grupo de fíbulas de doble resorte procedentes de este cementerio es la única serie material que ha

³² ZAMORA CANELLADA, A., *op. cit.* n. 31, p. 40; *Idem*, «El Castillo de Ayllón (Segovia). Estudio Arqueológico e Histórico», *Estudios Segovianos*, XXXIV, nº 90, Segovia, 1993.

³³ *Idem*, *op. cit.*, n. 32, 1993, p. 45, Fig. 4, 18 y Figs. 6 y 34.

³⁴ *Ibidem*, Fig. 11: 69, 73 y 74; Fig. 15: 90 y 93; Fig. 22: 123 y pp. 45 y 185.

³⁵ *Ibidem*, p. 44; *Idem*, *op. cit.*, n. 31, 1987, p. 41.

³⁶ *Idem*, *op. cit.* n. 31, 1987, pp. 47-49

sido objeto de un estudio pormenorizado³⁷, en el que se propone una datación para aquellas del siglo VI a.C. En la misma dirección, el análisis de los ajuares metálicos de los depósitos, a pesar de los insuficientes datos disponibles, permite la inclusión de este cementerio en la primera de las fases de las necrópolis celtibéricas del oriente de La Meseta desarrollada a lo largo del VI y con perduraciones a inicios del V a.C.³⁸, fechas de las que creemos podrían beneficiarse los horizontes del poblado ya que el ambiente material parece ser equivalente.

Como ya hemos indicado, en la provincia soriana se identifica una concentración significativa de asentamientos en los que con diferente grado de certeza se han reconocido estas cerámicas de tipo ibérico, asimismo con las dificultades derivadas de la falta de excavaciones en muchos de los casos o de la correspondencia de las noticias a antiguas actuaciones y prospecciones.

Podríamos señalar, en primer lugar, un grupo de estaciones ubicadas en la altiplanicie del oriente de la provincia y sur del Duero donde se han localizado materiales representativos aunque en contextos variados; así, contamos con las noticias a propósito de los yacimientos de Fuente Vieja en Tejado³⁹, El Castillo de Covarrubias⁴⁰, Alepud en Morón de Almazán⁴¹ y La Buitrera de Rebollo de Duero⁴². De éstos —a los que habría que sumar la necrópolis de Monteagudo de las Vicarías, según las deducciones ya comentadas a la vista de los viejos materiales— sólo el de La Buitrera parece ofrecer un ambiente

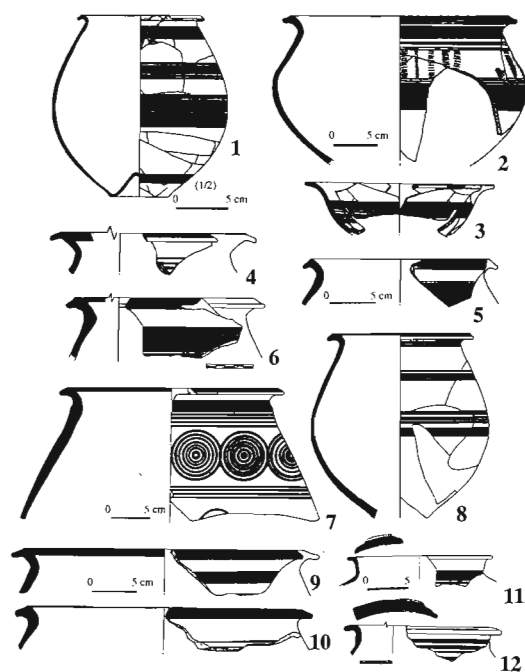


Figura 4. Cerámica de tipo ibérico y con pintura vinosa en distintos yacimientos de la provincia de Soria. 1-6, El Castillejo de Fuensaúco (Romero, F., *op. cit.* n. 46; Romero F. y Misiego, J. C., *op. cit.* n. 50; Morales, F. y Ramírez, M.E., *op. cit.* n. 39); 7 y 8, El Castellar de Arévalo de la Sierra (Romero, F., *op. cit.* n. 46); 9 y 10, Torre Beteta de Villar del Ala (*Ibidem*); 11 y 12, Cuesta del Espinar en Ventosa de Fuentepinilla (Morales, F. y Ramírez, M.E., *op. cit.* n. 39; Pascual, A.C., *op. cit.* n. 44).

semejante al reseñado para el centro de la Cuenca, mientras que en los anteriores cabría deducir una presencia de los tipos a torno bastante más cuantiosa que allí, con menor representación o incluso ausencia de las manufacturas, más heterogeneidad de los tipos, no siempre con pintura vinosa sino negra, más variedad formal, etc., lo que quizá esté dejando traslucir un contexto cronológico más tardío. En relación con ellos deberíamos citar además los hallazgos de Los Castillejos en Cubo de la Solana⁴³ y La Cuesta del Espinar en Ventosa de Fuentepinilla⁴⁴ (Fig. 4: 11 y 12), enclaves del mismo entorno en los que se reconocen especies con temas pintados en rojo y formas relacionadas con las que venimos tratando, en el segundo de los casos

³⁷ BARRIO MARTÍN, J., «La necrópolis de La Dehesa de Ayllón (Segovia): Análisis de sus fíbulas de doble resorte», en BURILLO, F. (Coord.), *Necrópolis celtibéricas, II Simposio sobre Los Celtiberos*, Daroca, 1988, Zaragoza, 1990, pp. 273-278.

³⁸ LORRIO ALVARADO, A., «La evolución de la panoplia celtibérica», *Madrid Miteilungen*, 35, 1994, pp. 216-218; *Idem*, «La formación de la Cultura Celtibérica», *XXII Congreso Nacional de Arqueología*, vol. II, Vigo, 1993, Vigo, 1995, p. 219.

³⁹ BOROBIO SOTO, M. J., *Carta Arqueológica de Soria. Campo de Gómara*, Soria, 1985, pp. 139-151, Figs. 53-59, Lám. X; MORALES HERNÁNDEZ, F. y RAMÍREZ SÁNCHEZ, M. E., «Signos de una temprana iberización en el alto Duero», *XXII Congreso Nacional de Arqueología*, vol. II, Vigo, 1993, Vigo, 1995, p. 242.

⁴⁰ REVILLA ANDÍA, M. L., *Carta Arqueológica de Soria. Tierra de Almazán*, Soria, 1985, pp. 179-183, Figs. 96-97.

⁴¹ *Ibidem*, pp. 204-212.

⁴² *Ibidem*, pp. 230-239, Figs. 122-123; MORALES HERNÁNDEZ, F. y RAMÍREZ SÁNCHEZ, M.E., *op. cit.* n. 39, pp. 241-242.

⁴³ TARACENA AGUIRRE, B., *Carta Arqueológica de España. Soria*, Madrid, 1941, p. 58; BOROBIO SOTO, M. J., *op. cit.* n. 39, pp. 69-71.

⁴⁴ PASCUAL DÍEZ, A.C., *Carta Arqueológica de Soria. Zona Centro*, Soria, 1991, pp. 196-215, Figs. 114-117; MORALES HERNÁNDEZ, F. y RAMÍREZ SÁNCHEZ, M. E., *op. cit.* n. 39, p. 242.

minoritarias frente a las piezas a mano, pero en convivencia con otras decoradas en negro.

Por otra parte, se destaca también una agrupación de enclaves con las mismas características, en cuanto a las cerámicas, al norte de la provincia, en el área de la serranía hasta la estación numantina —que quedaría incluida como ya ha sido señalado— y entre los que se encuentran algunos de los asentamientos con más amplia información al respecto y que ya habían sido recogidos en los trabajos previos sobre el tema⁴⁵. Este es el caso de los yacimientos de El Castillo de Arévalo de la Sierra⁴⁶ (Fig. 4: 7 y 8), Los Villares de Ventosa de la Sierra⁴⁷, Torre Beteta en Villar del Ala⁴⁸ (Fig. 4: 9 y 10), Utrera en Ventosilla de San Juan⁴⁹ o el mismo Castillejo de Fuensaúco⁵⁰ (Fig. 4: 1-6). Estos lugares nos vuelven a mostrar una abundancia relativa de especies a torno pintadas en tonos rojos o vinosos, no exclusivas tampoco, en la mayoría de las ocasiones más escasas que las producciones manuales con las que comparten contextos que parecen arrancar de etapas bastante avanzadas o finales de la primera Edad del Hierro. Fuensaúco, el mejor conocido de este grupo, muestra en su nivel más reciente sobre dos previos del Hierro I un predominio ya del material torneado aunque en éste formas y decoraciones podrían relacionarse con las que nos ocupan al igual que algunos fragmentos hallados superficialmente sobre el mismo castro⁵¹. No

hace falta recordar la cronología propuesta para dicha fase, que viene aplicándose a la generalidad del territorio, posterior al 350 a.C., a partir de la célebre datación radiocarbónica del estrato de incendio infrayacente al celtibérico citado, aunque quizá sí deberían tenerse más en cuenta las objeciones y matices del propio autor de los trabajos sobre la fecha y su validez⁵². A estos enclaves, y en la misma zona, habría que añadir⁵³ los de Los Cerradillos de Porteárbol y Trascastillejo de Cirujales del Río con materiales equiparables obtenidos en recogidas superficiales⁵⁴.

Queda patente también aquí, y como señalábamos para los casos de la altiplanicie y centro-sur de la provincia soriana una cierta particularidad en cuanto a la concurrencia de los tipos pintados en rojo, *a priori* más abundantes y variados e integrantes, al menos en ciertos casos, de niveles y enclaves donde el torno parece ya firmemente implantado y con unas características que nos obligan a considerar la posición cronológica de los mismos y la fabricación más o menos autóctona de las piezas.

⁴⁵ SACRISTÁN DE LAMA, J. D., *op. cit.* n. 1, 1986b, pp. 211-212.

⁴⁶ TARACENA AGUIRRE, B., Excavaciones en diversos lugares de la provincia de Soria, *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 75, Madrid, 1926, pp. 9-10; *Idem*, *op. cit.* n. 43, 1941, pp. 40-41; ROMERO CARNICERO, F., *Los castros de la Edad del Hierro en el norte de la provincia de Soria*, *Studia Archaeologica*, 80, Valladolid, 1991, pp. 373-377.

⁴⁷ TARACENA AGUIRRE, B., *op. cit.* n. 46, p. 7; *Idem*, *op. cit.* n. 43, p. 172; ROMERO CARNICERO, F., *op. cit.* n. 46, pp. 432-439.

⁴⁸ TARACENA AGUIRRE, B., *op. cit.* n. 43, pp. 177-78; ROMERO CARNICERO, F., *op. cit.* n. 46, pp. 432-439.

⁴⁹ TARACENA AGUIRRE, B., *op. cit.* n. 43, p. 173; MORALES HERNÁNDEZ, F. y RAMÍREZ SÁNCHEZ, M. E., *op. cit.* n. 39, p. 241.

⁵⁰ TARACENA AGUIRRE, B., *op. cit.* n. 43, p. 65; ROMERO CARNICERO, F., *op. cit.* n. 46, pp. 379-404; MORALES HERNÁNDEZ, F. y RAMÍREZ SÁNCHEZ, M. E., *op. cit.* n. 39, p. 241; ROMERO CARNICERO, F. y MISIEGO TEJEDA, J. C., «Desarrollo secuencial de la Edad del Hierro en el alto Duero: El Castillejo (Fuensaúco, Soria)», en BURILLO MOZOTA, F. (Coord.), *III Simposio sobre Los Celúberos, Poblamiento Celtibérico*, Daroca, 1991, Zaragoza, 1995, pp. 127-139.

⁵¹ MORALES HERNÁNDEZ, F. y RAMÍREZ SÁNCHEZ, M. E., *op. cit.* n. 39, Fig. 1, y 2.

⁵² ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la Serranía Soriana: Los Castros*, *Studia Archaeologica*, 75, Valladolid, 1984, p. 44, Nota 171; ROMERO CARNICERO, F. y MISIEGO TEJEDA, J. C., «Los orígenes del hábitat de la Edad del Hierro en la provincia de Soria. Las cabañas de El Castillejo de Fuensaúco», *II Symposium de Arqueología soriana, Homenaje a D. Teógenes Ortego y Frías*, vol. 1, Soria, 1989, Soria, 1992, p. 310.

⁵³ Queremos recordar aquí, aunque no es de fácil valoración, la referencia a la aparición de vasos con pintura en bandas vinosas en Langa de Duero acompañando las especies típicas pintadas en negro, otras con temas estampados e incluso motivos policromos (TARACENA AGUIRRE, B., Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño, *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 103, Madrid, 1929, p. 40). No es improbable que no tengan nada que ver con las que nos ocupan y se trate por el contrario de especies tardías, que es frecuente se decoren con gruesas franjas rojizas. En ocasiones esta coincidencia puede dar lugar a lógicas confusiones, como es probable ocurriera en el ejemplo vallisoletano del Cerro de Pajares, donde también fueron en principio identificados vasos de este tipo (SACRISTÁN DE LAMA, *op. cit.* n. 1, 1986b, p. 208, Fig. 2) que con posterioridad, al menos algunos de ellos, se han relacionado más convincentemente con modelos de cronología avanzada (DELIBES DE CASTRO, G. *et alii*, «Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio», en DELIBES, G., ROMERO, F. y MORALES, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente: El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, Valladolid, 1995, p. 108; SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z., *op. cit.* n. 16, p. 302; *Idem*, «Las estelas del cementerio vacceo de las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)», en CASA, C. de la (Ed.): *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, Soria, 1993, Soria, 1995, p. 167, Nota, 7.

⁵⁴ MORALES HERNÁNDEZ, F. y RAMÍREZ SÁNCHEZ, M. E., *op. cit.* n. 39, p. 241, Fig. 1.

2. CONSIDERACIONES CRONOLÓGICAS Y CULTURALES

Si nos detenemos en el análisis particular de los hallazgos de dichas cerámicas en el centro de la cuenca de Duero, podemos aventurar ciertas consideraciones, además de las que se desprenden de la observación directa de la amplitud de su extensión y propagación por el interior del territorio, su concurrencia en ambientes crono-culturales muy próximos en todos los casos y en yacimientos de características bastante homogéneas.

En primer lugar debemos reconocer que, con la salvedad de Medina del Campo y Cuéllar, las estaciones que han proporcionado materiales del tipo citado han sido objeto de limitadísimas excavaciones, y en buena parte de los casos de simples prospecciones superficiales o recuperaciones de piezas, lo que podría indicarnos que la representación de las mismas fue probablemente superior a lo que se ha imaginado, tratándose de elementos quizá no tan esporádicos ni tan escasos; en este mismo sentido, no es difícil que cerámicas de este tipo hayan pasado desapercibidas o hayan sido insuficientemente valoradas, sobre todo en prospección, habida cuenta de que las noticias bibliográficas detalladas sobre ellas son en general recientes y que cualquier pieza a torno de pasta oxidante suele recibir la etiqueta de «celtibérica» sin mayores consideraciones.

Por otra parte, al hecho de su documentación en reducidos sondeos debemos sumar el que éstos hayan sido efectuados aleatoriamente, bien determinados por necesidades concretas de salvamento, bien sin orientación hacia áreas funcionales determinadas (sectores «centrales» en los poblados, viviendas de mayor envergadura, etc.); si además consideramos que los materiales conocidos de excavación proceden de ámbitos domésticos sin otras particularidades, localizándose en el interior de viviendas, junto a los hogares, mezcladas con el resto del ajuar cotidiano, entre los vertidos o desechos del espacio habitacional, etc., cabría pensar que estas especies llegaron a frecuentar en determinadas fechas los repertorios materiales ordinarios de sectores de la población no tan exclusivos como sería de esperar si se tratara de objetos de auténtico lujo procedentes de un comercio de mercancías exóticas. Todo lo antedicho parece sugerir una cierta circulación de piezas de este tipo por el interior de la Meseta Norte con un carácter quizá menos excepcional y, por tanto, una mayor incidencia de lo supuesto.

Un aspecto esencial en el estudio de la distribución de estas piezas es el que se refiere al

papel de las mismas en la evolución de las series materiales locales, a su influencia, si la hubo, en el despegue de las producciones torneadas y su contribución a la difusión de una nueva estética cerámica y de la tecnología que la hace posible.

Entendidas en principio como fruto de los contactos esporádicos y limitados con las áreas vecinas al sur del Duero y dada su rareza, no cabía otorgarles más consideración que la de elementos exóticos de intercambio, ajenos a la evolución del ambiente que los recibía y desligándose totalmente de las producciones torneadas posteriores⁵⁵. No obstante las apreciaciones en este sentido hoy pueden variar sustancialmente al comprobar, a través por ejemplo de las secuencias de Medina del Campo o Cuéllar y de lo que podemos intuir a partir de otros enclaves, que dichas especies van incrementando su presencia a lo largo de las estratigrafías, a la vez que se incorporan a los repertorios otros tipos cerámicos, como los grises y ciertas variedades oxidantes, un tanto imprecisas en su atribución, pero que se identifican con los primeros ejemplos autóctonos que aún no son los que llamamos típicamente *vacceos* (o *celtibéricos*, en un sentido más amplio). Y este es un fenómeno que se está desarrollando con seguridad entre los siglos VI y bien avanzado el V a.C., a juzgar por las dataciones más fiables⁵⁶ y, lo que es más importante, en una evolución donde no se detectan rupturas ni cortes significativos. Diríase que en dichas poblaciones, una vez se entra en contacto con la nueva técnica a través de los objetos importados, se instaura un proceso continuo de aceptación, asimilación y posterior imitación —¿qué significativo es en este sentido el hecho de que en La Mota se identifiquen especies a torno de pastas claras decoradas, como las manufacturas locales contemporáneas, con pintura *postcocción*!⁵⁷— que no creemos que pueda aislarse del desarrollo local de las industrias a torno siguientes. Al menos este es el mismo proceso que se reconoce en otros territorios, como puede ser

⁵⁵ No deja de ser curioso, sin embargo, que interpretados así estos materiales, dieran lugar al término *iberización*, concepto excesivo a todas luces que parece sugerir una influencia de tipo cultural de mucho mayor alcance que el mostrado por la presencia de unos pocos vasos dispersos. Cabe preguntarse si el hallazgo esporádico de piezas áticas en nuestro territorio debería entenderse también como signo de una cierta *helenización*, por ejemplo.

⁵⁶ SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F., *op. cit.* n. 13, (1993 y 1995); Barrio Martín, J., *op. cit.* n. 13, 1993.

⁵⁷ SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F., *op. cit.* n. 13, 1993, p. 165 y 1995, p. 230.

el del noreste peninsular⁵⁸, en Andalucía oriental y el sureste ibérico⁵⁹ a partir de los contactos con las comunidades costeras coloniales, o en el propio área oriental de la Meseta a través de sus relaciones con el mundo Ibérico⁶⁰.

No cabe tampoco aludir a una diferente evolución entre las áreas del norte y del sur del Duero, como si esta situación progresiva fuera solo reconocible en los enclaves meridionales por la mayor proximidad a los territorios teóricos de origen de los materiales en cuestión. Es cierto que las intervenciones arqueológicas efectuadas hasta ahora parecen reflejar un ambiente distinto entre ambas zonas y que los resultados de los sondeos en las ya citadas localidades de Medina, Cuéllar o Ayllón, no tienen equivalente al norte del río. Sin embargo, los hallazgos aquí de materiales a torno importados en ambientes de Soto pleno comienzan a hacernos vislumbrar un panorama nuevo, en el que las transformaciones plasmadas por el mundo vacceo encuentran sus raíces. Es más que probable que futuros trabajos en enclaves de la órbita soteña proporcionen estratos significativos en este sentido, como ha comenzado ya a producirse, aunque aún sólo en forma incipiente, en los enclaves mencionados (Gorrita, Medina de Rioseco, Saldaña, Manganeses, etc.) que, no olvidemos, son establecimientos con secuencias dilatadas y ocupaciones posteriores.

Pero es que, además, algunos de los lugares situados a lo largo del Duero nos permiten intuir, aún de forma no concluyente, la existencia de ese proceso continuo, por ejemplo en La Loma de Pesquera de Duero o en

Olivares, donde las especies con decoración vinosa parecen convivir a principios del siglo IV a.C. con tipos a torno ya de fabricación local (quién sabe si parte de estas producciones oxidantes con pintura roja no son ya imitaciones y no importaciones, como pudiera estar ocurriendo con los hallazgos de Matapozuelos, pintados en negro)⁶¹. Tampoco hemos de perder de vista que un yacimiento como el de Roa, considerado uno de los paradigmas de la imposición de los horizontes vacceos plenamente configurados sobre los niveles del Soto, ha proporcionado en recientes campañas cerámicas de este tipo, que vienen a sugerir un panorama menos rupturista, contribuyendo a aproximar las secuencias de los territorios del interior con las del área más meridional del valle.

Pero aún resta por afrontar una de las cuestiones esenciales en este capítulo, como es el de la cronología en que se produce el acceso de las cerámicas a torno importadas al centro de la Meseta.

Como ya señalamos antes, las primeras valoraciones situaban el impacto de estos elementos ibéricos a lo largo del siglo IV a.C., o como mucho, a finales del V, a partir de los esquemas secuenciales manejados y de la tipología de las piezas conocidas que remitían a prototipos ibéricos y turdetanos característicos de tal fecha⁶². Esta es aproximadamente la misma estimación, primera mitad del IV a.C., que se realiza para la llegada de dichos materiales al área soriana a partir, fundamentalmente, del Ebro medio, vía valle del Jalón⁶³.

Sin embargo, en primer lugar, los hallazgos más viejos hasta ahora citados, que son además los que se han identificado en secuencias de excavación, nos permiten comprobar que

⁵⁸ RUIZ ZAPATERO, G., «Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del hierro y el torno de alfarero en el NE. de Iberia», *Gala*, 1, 1992, p. 113.

⁵⁹ RUIZ RODRÍGUEZ, A., «Etnogénesis de las poblaciones pre-romanas de Andalucía Oriental», en ALMAGRO GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (Eds): *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Actas de la reunión celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, Madrid, 13-15 diciembre de 1989, *Complutum*, 2-3, Madrid, 1992, pp. 101-118; GONZÁLEZ PRATS, A., «El proceso de formación de los pueblos ibéricos en el Levante y Sudeste de la Península Ibérica», en ALMAGRO GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (Eds): *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Actas de la reunión celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, Madrid, 13-15 diciembre de 1989, *Complutum*, 2-3, Madrid, 1992, pp. 137-149.

⁶⁰ CERDEÑO, M. L. y GARCÍA HUERTA, R., «La introducción del torno en la Meseta», *Iº Congreso de Arqueología Peninsular, Actas VI, Trabalhos de Antropología e Etnología*, xxxv-2, Porto, 1993, Porto, 1995, pp. 269-270.

⁶¹ Esta es una cuestión que solo el estudio pormenorizado y la analítica cerámica podrán aclarar. Por ahora, sólo en el caso de la necrópolis abulense de Sanchorreja ha podido confirmarse mediante Difracción de Rayos X una composición mineralógica distinta de varios fragmentos a torno de pastas claras pintados con respecto a los manufacturados locales, lo que parece demostrar su procedencia alóctona (GONZÁLEZ TABLAS-SASTRE, F. J., *La necrópolis de «Los Castillejos» de Sanchorreja. Su contexto histórico*, Acta Salmanticensis, 69, Salamanca, 1990, pp. 224-225). En el resto de las ocasiones nos debemos guiar por el aspecto de las piezas, bastante inconfundible cuando se trata de las aparecidas en contextos más antiguos y quizá menos seguras cuando comienzan a detectarse en compañía de otros productos de pastas anaranjadas, lisos, etc.

⁶² SACRISTÁN DE LAMA, *op. cit.* n. 1, 1986b; MARTÍN VALLS, R. y ESPARZA ARROYO, A., *op. cit.* n. 5, pp. 259-261.

⁶³ MORALES HERNÁNDEZ, F. y RAMÍREZ SÁNCHEZ, M. E., *op. cit.* n. 39, pp. 242-244.

durante el siglo VI a.C. y principios del V a.C. estas piezas están presentes y en puntos bien alejados entre sí; tales dataciones parecen claras en Medina del Campo y Cuéllar, en nada contravienen al ambiente de Ayllón y se confirman también en Saldaña, por citar los casos más evidentes.

En segundo lugar, los indicios disponibles en la actualidad nos permiten vislumbrar que en la primera mitad del siglo IV a.C. se está produciendo ya la generalización de las producciones autóctonas con las características típicas locales y dejan de documentarse los tipos importados de pasta clara. La secuencia de Medina del Campo muestra la desaparición de estas cerámicas en el Nivel III, cuando proliferan las grises y otras de pastas rosáceas y rojizas posiblemente fabricadas en el entorno inmediato al filo del siglo IV a.C.⁶⁴. En Cuéllar, los tipos ibéricos conviven en el Poblado III ya con otras especies anaranjadas, acaso las primeras producciones de carácter vacceo, en un momento (quizá fechado con excesiva amplitud) que englobaría buena parte del siglo V hasta bien entrado el IV a.C.⁶⁵. Del mismo modo, el asentamiento de Olivares de Duero que parece representar el momento inmediatamente posterior a Medina, donde aún están presentes las especies con pintura vinosa pero ya en compañía de una más sólida producción oxidante a torno lisa que representa la mitad de la cerámica recuperada, viene a situarse ya dentro de la cuarta centuria, aunque probablemente en sus comienzos⁶⁶.

Por otra parte, si revisamos las estratigrafías de algunos de los asentamientos vacceos con fases antiguas, comprobamos que andando el tiempo, pero aún en este mismo siglo, la realidad material va transformándose progresivamente, aunque sin sustituciones radicales. En el poblado de Las Quintanas de Padilla de Duero, el Nivel II, que ha sido fechado en un momento pleno o avanzado del IV a.C., muestra una abundante producción manual presidida por las especies decoradas a peine minoritarias frente a los tipos a torno, que ofrecen muchas de las características propias de la producción vaccea habitual; no obstante, no puede ignorarse la existencia de algunos rasgos peculiares en los conjuntos torneados, como puede ser el hecho de la proliferación de modelos de capacidad con perfiles bitroncocónicos y globulares, con fuertes espatula-

ciones en la base y, en el capítulo de las decoraciones, algunos casos con círculos concéntricos completos, así como la presencia de una pieza concreta de pasta amarillenta con un engobe oscuro rojizo aplicado a brocha, todo lo cual, en unión de otros elementos también de carácter retardatario (molinos barquiformes, perfiles de tipo Soto, etc.) nos evidencia el encaje de este horizonte con los previamente comentados⁶⁷.

En la misma línea, los modernos trabajos en el sector vacceo de El Soto de Medinilla también documentan una ocupación de rasgos próximos a la vista, concretada en el Nivel III, que creemos es un ejemplo más que nos permite seguir el progresivo despegue de la producción autóctona aun con el mantenimiento de ciertos resabios de influencias foráneas; en dicha fase las manufacturas alcanzan el 40% de los fragmentos, muy pocos de los cuales portan decoración peinada o estampada, y el material torneado ofrece a su vez un predominio de las tinajas medianas con perfil bitroncocónico, algunas de pasta pajiza y engobes achocolatados que hemos relacionado con las jaspeadas de la Meseta Sur, y cuencos sencillos sin decoración, en un ambiente para el que sugerimos en su día una datación de la segunda mitad del IV, o como mucho, de inicios del III a.C.⁶⁸.

Y un hito más que aún podríamos citar en esta dirección, a propósito del arranque de la producción a torno local, es también la reciente actuación en Roa, en la ya citada calle Balcones, donde el estrato vacceo más profundo, que se puede fechar a lo largo del IV a.C. a partir de una fibula de La Tene (aunque se propone la segunda mitad del siglo por el tiempo de uso del alfiler), ofrece una presencia masiva de las producciones habituales a torno y una insignificante, sino ausente, producción manual. Bajo el nivel, se desarrolla un horizonte de tipo Soto evolucionado con algunas importaciones de bandas vinosas, que se lleva a la primera mitad del IV a.C.⁶⁹, quizá

⁶⁴ SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F., *op. cit.* n. 13, 1993, pp. 166-170.

⁶⁵ BARRIO MARTÍN, J., *op. cit.* n. 13, pp. 195-201.

⁶⁶ SECO VILLAR, M., *op. cit.* n. 15, pp. 220-222.

⁶⁷ GÓMEZ PÉREZ, A. y SANZ MÍNGUEZ, C., «El poblado vacceo de Las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid): Aproximación a su secuencia estratigráfica», en ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (Eds.), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, 1993, pp. 349-358.

⁶⁸ ESCUDERO NAVARRO, Z., «Nuevos estudios sobre el poblado vacceo de "El Soto de Medinilla" (Valladolid)», en DELIBES, G., ROMERO, F. y Morales, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente: El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, Valladolid, 1995, pp. 205-207.

⁶⁹ SACRISTÁN DE LAMA, J. D., *op. cit.* n. 9, 1994, pp. 254-255.

por sostener la continuidad estratigráfica. Sin embargo, de ser acertada la datación propuesta para el estrato vacceo, y a la vista de lo que ocurre en los enclaves vecinos ya comentados, sorprende que la cultura material ofrezca ya una imposición total del torno a mediados de la centuria (lo cual, por otra parte contraveniría las opiniones más tradicionales y las sostenidas por el propio Sacristán que no conciben la generalización de dicha técnica hasta los inicios del III a.C.) y que el estrato previo, donde no existen atisbos de producciones a torno autóctonas, corresponda a un momento tan inmediatamente anterior. Quizá el estudio futuro del contenido de dicho nivel, que podríamos muy bien retrasar hasta la centuria previa, pueda aclarar algo más al respecto, pero lo que va quedando cada vez más claro es la necesidad de considerar al siglo IV a.C., desde sus mismos inicios, como el del afianzamiento y generalización de las producciones a torno locales.

Es probable que en este punto de Roa se esté constatando una de las tantas discontinuidades estratigráficas apreciables en los extensos asentamientos vacceos, que no muestran necesariamente cortes o rupturas en el conjunto de la secuencia, si no que son fruto del carácter reducido y aislado de los sondeos⁷⁰.

Estas mismas razones son, en una perspectiva más general, las que nos hacen considerar también que las estimaciones realizadas para el momento de las importaciones de cerámicas ibéricas y los primeros atisbos del torno autóctono en el territorio soriano son demasiado modernas; pese a que se reconoce una mayor antigüedad para estas importaciones en el centro-sur de la provincia con respecto a los castros norteños, se sigue proponiendo como fecha clave la cuarta centuria, su segunda mitad para éstos últimos y antes para aquéllos⁷¹. No podemos entrar aquí a discutir todos los casos conocidos en dicho espacio y su problemática concreta, que es probablemente distinta de la del área del Duero medio, pero como ya hemos ido señalando los contextos de los numerosos yacimientos son distintos entre sí y los tipos a torno pintados en rojo se identifican con ciertas particularidades si los comparamos con los del centro de la Cuenca,

de manera que sería necesario establecer si puede aquí sostenerse el carácter alóctono de todas estas producciones y analizar las áreas particulares de origen y difusión de las mismas.

Quizá lo más significativo en este aspecto es el hecho de que en el área noreste de la Meseta sur se han comenzado a documentar contactos con las poblaciones costeras mediterráneas desde por lo menos el siglo VI a.C., de forma concreta en el denominado núcleo de Molina de Aragón, sobre el que convenguen rutas procedentes tanto del valle del Ebro, a través del Jalón como de la zona levantina, vía Jiloca. Entre otros datos, nos interesa destacar aquí por la similitud con los ambientes que venimos tratando, la presencia de importaciones de cerámicas del Ibérico Antiguo en contextos de predominio de las manufacturas, algunas de las cuales corresponden a formas también documentadas en la Meseta Norte, como tinajas de borde con uñada o urnas de orejetas, elementos que evidencian el importante papel de las relaciones comerciales y culturales entre el interior y el mediterráneo en la definición de las etapas iniciales del mundo celtibérico⁷².

Parece más que probable que los fenómenos acaecidos en este núcleo tuvieran una repercusión bastante directa en las poblaciones de la cabecera del Duero, de manera especial en los territorios surorientales del mismo, donde hemos comprobado que contextos y dataciones pueden interpretarse con una significativa proximidad, sin necesidad a nuestro juicio de rebajar en casi dos centurias la llegada a dichos espacios del mismo tipo de materiales.

En este sentido creemos que es oportuno traer aquí a colación un ejemplo relativo también a la difusión de la cerámica ibérica, aunque en esta ocasión hacia las más alejadas regiones del Roussillon y del valle del Aude. Es también a mediados del siglo VI a.C. cuando comienzan a documentarse en asentamientos indígenas, junto a otros tipos de importaciones mediterráneas, dichas piezas ibéricas pintadas, procedentes unas del comercio ampuritano y otras de círculos andaluces; estos materiales ibéricos, que se corresponden en gran medida con los mismos tipos formales

⁷⁰ DELIBES DE CASTRO, G. *et alii*, *op. cit.* n. 53, pp. 90-91)

⁷¹ JIMENO, MARTÍNEZ, A. y ARLEGUI SÁNCHEZ, M., «El poblamiento en el alto Duero», en BURILLO MOZOTA, F. (Coord.), *III Simposio sobre Los Celtiberos, Poblamiento Celtibérico*, Daroca, 1991, Zaragoza, 1995, pp. 105-109 y 120.

⁷² CERDEÑO, M. L. *et alii*, «Contactos interior-zonas costeras durante la Edad del Hierro. Los focos del Noreste y Suroeste meseteños», en QUEROL, M.A. y CHAPA, T. (Eds.), *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda, Complutum Extra*, 6 (1), Madrid, 1996, pp. 287-293.

y decorativos de tinajas y, en menor medida, platos que se hallan en el interior peninsular por las mismas fechas, precipitan la asimilación de la técnica del torno en la zona, de manera que a finales del siglo y principios del siguiente se ha comenzado a desarrollar una producción propia y un proceso de regionalización que no supone el corte radical de las adquisiciones por comercio, permaneciendo para la investigación local un área de incertidumbre a la hora de diferenciar claramente las importaciones de las imitaciones y de determinar el verdadero alcance de esta, también aquí, denominada «iberización»⁷³.

Podría objetarse contra este ejemplo que no deben compararse directamente ambientes tan diversos, que hay que tener en cuenta los contextos previos y su estadio de evolución o incluso el hecho de que en dichos territorios los materiales ibéricos formen parte de las mercancías extendidas por agentes del mercado ampuritano o bien griegos y púnicos, para el caso de los productos de procedencia levantina a través de rutas firmemente asentadas⁷⁴. Pero lo que sí es posible deducir de este caso es que la existencia de una distancia física entre las zonas originarias de un fenómeno y las receptoras del mismo no siempre tiene por qué conllevar un gran desfase cronológico. A pesar de que los análisis efectuados para territorios concretos muestran una extensión de la tecnología del torno cerámico relativamente lenta, aunque no tanto si lo que se considera es el tiempo de difusión de las importaciones⁷⁵, resulta evidente, por un lado, que no todos los elementos materiales en los distintos contextos se difunden con la misma rapidez e intensidad (ahí está el caso del hierro), y, por otra parte que el papel de las sociedades receptoras y de su capacidad o posibilidad para asimilar y rentabilizar las innovaciones técnicas es también diversa y no siempre comparable.

En este momento, ante los abundantes datos disponibles creemos que resalta del todo innecesario tener que insistir en la evidencia del mantenimiento de constantes relaciones desde el valle del Duero con las áreas meridionales de la península durante la primera e inicios de la segunda Edad del Hierro, mostradas a través no solo de muy diversos elementos de cultura material (cerámicas a mano pintadas, fíbulas,

ungüentarios de vidrio, armas y útiles de hierro, adornos y vasos de bronce, etc.) sino de otros aspectos menos precisos, como pudieran ser los relativos al diseño de las casas, los enterramientos infantiles en el espacio doméstico, los temas decorativos de ciertas cerámicas o de las paredes de las viviendas, aspectos sociales, ideológicos y funerarios, etc. Tampoco es necesario abundar en el conocido planteamiento a propósito del funcionamiento de la ruta que luego será conocida como Vía de la Plata ya desde el Bronce Final como camino de difusión de todos estos elementos, al menos para el sector del occidente meseteño.

Cabría recordar aquí, por una parte el destacado conjunto de materiales de origen meridional que se concentra en los más grandes asentamientos suroccidentales de la Meseta correspondientes al área vetona y cuya presencia comienza a detectarse antes del siglo VI a.C., manifestaciones de unos circuitos comerciales bien estructurados con las poblaciones tartésicas, frecuentados hasta las últimas décadas de dicha centuria; sin embargo, a partir de entonces las rutas de intercambios que sugieren los hallazgos vetones se orientan esencialmente hacia las tierras de la Alta Andalucía y el Sureste⁷⁶, respondiendo a un momento general de transformaciones en la dirección de los contactos, como ocurre en el área de la Beturia, donde, a partir del siglo V a.C., parece detectarse una corriente de sentido inverso, desde las poblaciones septentrionales del valle del Duero, que incidiría de forma sustancial en el desarrollo posterior de la cultura castreña desarrollada por los pueblos célticos del suroeste⁷⁷.

Por lo que se refiere a las cerámicas que nos ocupan, hasta ahora solo el yacimiento de Sanchorreja parece ofrecer con claridad las especies ibéricas pintadas de pastas claras, ya conocidas desde antiguo⁷⁸, asociadas a contextos del primer Hierro tanto en el poblado como en la presunta necrópolis⁷⁹. Los demás

⁷³ GAILLEDRAE, E., «Les céramiques peintes ibériques au V^e siècle avant J.-C. en Languedoc occidental et en Roussillon», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 16, 1993, pp. 64-79.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 77.

⁷⁵ RUIZ ZAPATERO, G., *op. cit.* n. 58, pp. 113-115.

⁷⁶ BAQUEDANO BELTRÁN, I., «Elementos de filiación mediterránea en Ávila durante la I y II Edad del Hierro», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 36, 1996, pp. 73-90.

⁷⁷ BERROCAL RANGEL, L., «Etnogénesis y territorio: Jefaturas, estatalización y moneda entre los pueblos Betúricos», en GARCÍA-BELLIDO, M. P. y SABRAL CENTENO, R. M. (Eds.), *La Moneda Hispánica, Ciudad y Territorio, Actas del I^{er} Encuentro Peninsular de Numismática Antigua*, Madrid, 1994, *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, XIV, Madrid, 1995, p. 122.

⁷⁸ MALUQUER DE MOTES, J., *op. cit.* n. 3., pp. 48-54

⁷⁹ GONZÁLEZ TABLAS-SASTRE, F. J., «Los niveles superiores de Sanchorreja. La I^a Edad del Hierro en el borde meridional de la Meseta», *Trabajos de Prehistoria*, 46, 1989, pp. 122-125; *Idem, op. cit.* n. 61, pp. 22-25 y 66.

centros de la zona, como son Las Paredejas en El Berrueco⁸⁰, El Raso de Candeleda⁸¹ o los conocidos conjuntos de Las Cogotas y La Osera, muestran producciones a torno predominantemente de pastas oscuras o rojizas, con frecuencia estampilladas, quizá ya de fabricación autóctona y típicas del círculo de Cogotas II; en menor medida comparecen algunas de pastas oxidantes y pintadas, aunque sus características permiten relacionarlas ya con tipos meseteños más recientes que los que estamos tratando, si bien en ciertos casos, como el de Las Paredejas, los materiales conocidos proceden de recogidas superficiales y están poco definidos.

Que las relaciones y contactos por esta ruta occidental alcanzaron durante la primera Edad del Hierro las áreas interiores del valle del Duero, al norte y occidente del propio río, no es noticia nueva y en los últimos tiempos este fenómeno está siendo suficientemente valorado, de forma particular a partir de las nuevas excavaciones en el viejo solar de El Soto de Medinilla⁸². Aunque este ilustre enclave no haya ofrecido cerámicas de importación meridional, sí muestra una serie de interesantes rasgos y elementos que evidencian contactos con tierras del sur. De entre todos ellos nos interesa mencionar el ejemplo de las diversas especies faunísticas identificadas como alóctonas en las colecciones de este asentamiento y cuya presencia en el mismo se relaciona con fenómenos en cierta medida de *colonización faunística*, en algunos casos ya bien documentados, como ocurre con la gallina y el asno, de introducción fenicia. Nos referiremos exclusivamente, a los restos de ratón y de gorrión doméstico (*Mus musculus domesti-*

cus, passer domesticus, resp.), especies comensales que se documentan a través de sendos individuos en el nivel III de ocupación, para el que se acepta una fecha de la primera mitad del VII a.C.⁸³; el carácter «casero» de estas especies, o lo que es lo mismo, su asociación y dependencia de los establecimientos y enseres, en íntima vinculación al sedentarismo humano, hace precisa una ayuda a su dispersión por parte del hombre⁸⁴, lo que implicaría desplazamientos y transportes, aunque no podamos valorar a qué escala o distancia. Por supuesto, no estamos sugiriendo la posibilidad de movimientos o traslados de población considerables al interior de la Meseta pero quizá sí de la presencia física de comerciantes portadores de los distintos tipos de objetos que hoy sabemos alóctonos, entre ellos, las cerámicas ibéricas pintadas, y responsables de una dispersión bastante sincrónica de todos estos productos por una amplia zona, además de las faunas citadas⁸⁵, y, cómo no, probables agentes de la difusión de nuevas ideas y creencias. De hecho, a la hora de explicar los radicales cambios que se experimentan entre las etapas correspondientes al Bronce Final y Hierro I en el valle del Duero, a la vista del notable incremento poblacional que se puede deducir para la última y de la cada vez mayor cantidad de rasgos foráneos de origen meridional que en ella se aprecian, ya ha sido planteada la posibilidad de un verdadero aporte humano al comienzo de la Edad del Hierro, quizá con

⁸⁰ FABIÁN, J. F., «El Cerro del Berrueco. Casi diez mil años de habitación ininterrumpida», *Revista de Arqueología*, 56, 1985, p. 283; *Idem*, «El Bronce Final y la Edad del Hierro en "El Cerro del Berrueco" (Ávila-Salamanca)», *Actas del Coloquio Internacional sobre La Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, 1984, *Zephyrus*, XXXIX-XL, Salamanca, 1986-87, pp. 279-285; Conde, MORENO, J. F., REINA PEREDA, P. y SILVESTRE BARRIO, M., «El Cerro del Berrueco (Salamanca). Nuevas propuestas para un problema olvidado», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 36, 1996, pp. 57-60.

⁸¹ FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda*, I y II, Ávila, 1986, pp. 776 y 828-829.

⁸² ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L., «La Cultura del Soto. Reflexiones sobre los contactos entre el Duero medio y las tierras del sur peninsular durante la Primera Edad del Hierro», en QUEROL, M. A. y CHAPA, T. (Eds.), *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda, Complutum Extra*, 6 (1), Madrid, 1996, pp. 313-326.

⁸³ *Ibidem*, pp. 318-319.

⁸⁴ MORALES MUÑIZ, A. y LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C., «Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el valle medio del Duero (prov. Valladolid) durante la Edad del Hierro», en DELIBES, G., ROMERO, F. y MORALES, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente: El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, Valladolid, 1995, pp. 508-510; MORALES MUÑIZ, A. *et alii*, «Of mice and sparrows: commensal faunas from the Iberian Iron Age in the Duero valley (Central Spain)», *International Journal of Osteoarcheology*, en prensa.

⁸⁵ Nos parece muy significativo que ambas especies se documenten también en los niveles de habitación de La Mota, en Medina del Campo, con fechas similares. Aquí, incluso, la presencia de elementos faunísticos meridionales es aún más acusada y difícil de explicar en virtud de un comercio de bienes de consumo a corta distancia o a través de estaciones intermedias, como lo muestran los hallazgos de un maxilar de dorada (*Sparus aurata*) y de una concha de cañaila basta (*Hexaplex trunculus*), elementos ambos de procedencia marina, que han de haber sido transportados desde el litoral ibérico (MORALES MUÑIZ, A. y LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C., *op. cit.* n. 84, pp. 498-499).

Parece demostrarse que los procesos de contacto, fueran de la naturaleza que fueran, producidos desde el sur con los asentamientos meridionales del Duero, pudieron realizarse también y sin desfase cronológico apreciable al norte del río.

dicha procedencia, responsable de los nuevos aires que representa en la comarca el grupo del Soto⁸⁶. No sería difícil sostener, a partir de esta idea y del hecho de que algunos de tales elementos importados se detectan desde momentos relativamente antiguos de la secuencia local, la existencia de un ambiente proclive a la recepción de ideas o productos y al tránsito de personas a lo largo de estas vías desde los mismos inicios de la fase.

Repetidamente venimos aludiendo al comercio como fuente de la presencia de estas cerámicas ibéricas en el interior del valle del Duero. Pocos son los datos disponibles que nos permitan especular sobre la naturaleza de los contactos económicos entre las diferentes poblaciones o los productos intercambiados, de forma que apenas si es posible la aproximación a tales temas; para los territorios orientales de la Meseta Sur se han realizado algunas reflexiones al respecto considerando la existencia de una corriente de intercambios en ambas direcciones de bienes de consumo⁸⁷ mientras que para el caso del área vetona se insiste más en el carácter lujoso y de prestigio de los elementos adquiridos, que, sobre todo en el inicio ya de la segunda Edad del Hierro, se encontrarían en poder de las élites guerreras controladoras de las redes de comercio⁸⁸.

En el caso de las cerámicas a torno referidas, lo más probable es que su difusión se deba no tanto al comercio de las propias piezas como al de sus contenidos, con independencia de que el «envase» fuese también apreciado por su carácter exótico. En este sentido, en el ejemplo citado de las importaciones del sureste francés, la tipología de las piezas —jarras pithoides con asas, aptas para el transporte de mercancías de cierto volumen— y la estandarización de los modelos, se interpretan como un indicio de su carácter de contenedores y de la ausencia de interés por la variación estilística, al tratarse de piezas adecuadas al uso y a la demanda. Es interesante también la reflexión para este mismo caso que se realiza a propósito de que el interés por estos vasos en sí mismos o por sus contenidos, no justificaría la existencia de un comercio a larga distancia solo para ellos, sino que formarían parte de lotes con mer-

cancías más valiosas⁸⁹. Ambos aspectos creemos son aplicables en buena medida para las cerámicas ibéricas en nuestra zona, aunque en este sentido debamos por ahora movernos tan solo en el terreno de la suposición⁹⁰.

A lo largo de las páginas previas creemos haber referido suficientemente los datos —unos más discutibles, otros con buenas referencias secuenciales— que obligan no solo a admitir la presencia de estas producciones en buena parte del valle del Duero ya en el siglo VI y durante el V a.C., aunque quizá en un futuro puedan establecerse matizaciones por zonas o por tipos, sino a revisar las valoraciones que las sitúan en la primera mitad del IV a.C., cuando precisamente creemos que han dejado ya de importarse y se han sustituido por imitaciones y productos fabricados en el entorno inmediato.

La llegada a la zona norte de la Meseta de estos elementos cerámicos, que son los primeros realizados a torno con los que tienen relación las poblaciones locales, debe analizarse en un contexto más general, definido por una larga serie de elementos materiales y rasgos culturales que permiten comprobar intensos contactos con territorios meridionales a lo largo de la primera Edad del Hierro, sea en el círculo Soto de Medinilla o en los ámbitos propios del sur del río. Este fenómeno parece presentar una dirección básica sur-norte, existiendo lógicamente una intensificación del mismo por áreas en función de rutas concretas —por ejemplo la llamada luego Vía de la Plata para los territorios más occidentales, los pasos del Sistema Central para el Duero medio, etc.— pero respondiendo a una tónica general en la que, al menos por lo que se refiere al centro de la Cuenca y para estos momentos, no cabe suponer una derivación ni cultu-

⁸⁹ GAILLEDAT, E., *op. cit.* n. 73, pp. 75-78.

⁹⁰ Nos queda pendiente una faceta interesante en la misma línea, pero que excede las posibilidades de espacio de este trabajo, como es la del análisis pormenorizado de la tipología formal y decorativa de los vasos ibéricos importados en la Meseta, con el fin de poder concretar en la medida de lo posible el origen geográfico particular de estos materiales y de realizar estimaciones cronológicas de apoyo. Una observación superficial de los tipos permite comprobar su correspondencia con formas antiguas de las series levantinas o turdetanas, por lo que se les ha definido ya en ocasiones como *paleoibéricos* o *protoibéricos* (CERDEÑO, M. L. *et alii*, *op. cit.* n. 72, p. 306; BAQUEDANO BELTRÁN, I., *op. cit.* n. 76, pp. 75 y 83), lo que puede corroborarse, en lo que se refiere a su proyección temporal, por las estimaciones cronológicas que se proponen para los contextos de recepción. No obstante, sería necesario también poder avanzar en esta dirección de forma más precisa.

⁸⁶ ESPARZA ARROYO, A., «La Primera Edad del Hierro», en ALBA LÓPEZ, J. C. (Coord.), *Historia de Zamora. 1. De los orígenes al final del Medievo*, Zamora, 1995, pp. 142-144.

⁸⁷ CERDEÑO, M. L. *et alii*, *op. cit.* n. 72, pp. 292-293.

⁸⁸ BAQUEDANO BELTRÁN, I., *op. cit.* n. 76, p. 82.

ral ni cronológica del foco oriental de la misma. En este sector, los asentamientos sorianos, aún manifestando ciertas particularidades —quizá de índole cronológica o quizá vinculadas a una mayor orientación hacia el valle del Ebro—, muestran una incorporación de dichas especies de tipo ibérico en fechas que bien podrían coincidir, o quizá mostrar un ligero retraso, con las propuestas para el Duero medio, aunque la valoración de dicho grupo merece un estudio más detenido.

La presencia de estos materiales cerámicos ibéricos en contextos de la primera Edad del Hierro del centro del valle del Duero muestra una dispersión amplia, alcanzando los territorios más interiores de éste y compareciendo en unos ambientes que nos hacen considerar la posibilidad de una representación de dichas piezas superior a la que en un principio fue estimada y su correspondencia a elementos de un comercio más o menos estable. Por otro lado, la evolución ininterrumpida de muchos de los enclaves en los que ellas se encuentran y la revisión pormenorizada de algunos de los contextos que pueden considerarse antiguos en la secuencia local, nos debe hacer reconsiderar por un lado, el nulo papel supuesto para tales piezas en la evolución de la industria cerámica a torno de la segunda Edad del Hierro y, por otro, la imagen tantas veces repetida de que el curso del Duero representó una barrera infranqueable para los influjos

meridionales dando lugar a dos mundos de desarrollo desigual, estando el del norte más cerrado a las innovaciones y mostrando un retraso en su incorporación a los procesos culturales definidos en el sur.

Post Scriptum: Estando ya en prensa este trabajo tuvimos conocimiento bibliográfico de otra estación en la que se han localizado también materiales cerámicos importados de tipo ibérico en horizontes semejantes a los descritos. Se trata de los hallazgos en un basurero al pie del castillo de Valencia de Don Juan, en León, donde se obtuvieron en excavación fragmentos de estas características en un estrato intermedio entre uno inferior caracterizado por las producciones manuales oscuras del Hierro I y otro superior ya con un registro típico de cerámicas celtibéricas. La noticia, que lamentablemente nos había pasado desapercibida, se encuentra recogida en: Celis Sánchez, J., «Origen, desarrollo y cambio en la Edad del Hierro de las tierras leonesas», *Ciclo de Conferencias sobre la Historia de León a través de la Arqueología: ArqueoLeón*, Actas, León, 1993-1994, León, 1996, p. 55. La ubicación de este enclave, en el curso medio del Esla y a escasos 20 km en línea recta —aunque algo más al norte— del ya citado de Manganeses de la Polvorosa, en Zamora (Fig. 1, punto 6), nos sitúa el hallazgo entre los más occidentales del valle del Duero.